

El punto cero de la Historia

Hans Gumbrecht
Stanford University

El siguiente texto es una adaptación relativamente abusiva y hecha por nosotros sobre la base de las grabaciones de la conferencia dictada por Hans Gumbrecht el de Septiembre de 1998 en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional en Bogotá. Decimos que es abusiva porque no tiene el aval final del autor. Después de muchos intentos de publicar los textos de estas tres conferencias -fueron tres- hemos resuelto, haciendo de necesidad virtud, dar a conocer del gran público, dada su importancia, originalidad y vigencia ciertas, lo que unos pocos privilegiados en nuestro departamento pudimos oír. Naturalmente nos atenemos a la transcripción "fiel" de las cintas hecha por el estudiante José Duarte, pero se comprenderá que hacen falta algunos ajustes necesarios en toda versión escrita. Y estos son de nuestra cosecha.

[Carlos Uribe Celis]

El punto cero de la Historia (con mayúscula) corresponde al momento presente de nuestra confrontación académico intelectual con el pasado. Aquí me propongo describir este momento que corresponde justamente a la situación contemporánea donde las clásicas praxis de aplicación y legitimación de lo que los científicos sociales hacemos han entrado en una crisis profunda. No sabemos en esta hora, si somos capeces de reconocerlo sinceramente, qué hacer con la historia. Pero al mismo tiempo -tal la paradoja- parece haber un anhelo popular por la historia, por fuera de la academia, más grande que nunca. La gente se siente atraída por los museos, los visita en busca de algo y no sabemos muy bien por qué.

Puede ser que yo esté aquí apoyándome en un punto de vista muy particular, a sabiendas de que mi formación es europea, alemana y desde 1989 me hallo enseñando en los Estados Unidos, lo que tal vez condiciona una cierta inclinación pesimista que quizá no tiene por qué ser compartida por los científicos sociales de este país (Colombia). Esto no me hará cambiar de perspectiva y aspiro a que mi exposición se convierta en una provocación que suscite el debate.

En lo que sigue me propongo desarrollar seis puntos básicos. El primero concierne a las implicaciones específicas que entran en juego cada vez que usamos el concepto de Historia (con mayúscula). Este concepto es en sí mismo histórica y culturalmente particular. La Historia para uso de los antropólogos o de los Estudios Culturales, como se ha empleado sobre todo en la última década, es un asunto específico de la cultura occidental y más precisamente de un momento en ella. Lo sorprendente es que hablamos olímpicamente de la Historia con mayúscula como si fuera un hecho transcultural y transhistórico.

El segundo punto involucra un remontarse brevemente a los orígenes históricos del concepto de historia mismo. Mi pretensión o hipótesis es que esta concepción arranca de la primera modernidad y se vincula a la emergencia de lo que llamaré «el campo hermenéutico» que no quiero que se confunda con la Hermenéutica como rama de la filosofía. Por «hermenéutico» apunto a la convicción básica de que existe una relación entre sujeto y objeto, que es como decir, entre historiador y mundo siendo tarea del primero la interpretación del segundo. En la medida en que esta idea tiene un comienzo histórico es previsible que también tenga un fin histórico.

El tercer punto concierne a la amenaza de que esta Historia con mayúscula sea un concepto degradado, minado y acaso para siempre.

El cuarto punto desarrollará la hipótesis de que la crisis de la Historia tiene así mismo un origen histórico que yo ubico en la primera mitad del siglo XIX, en lo que Michel Foucault ha llamado la «crisis de representación» y que el sociólogo alemán Niklas Luhmann recoge con la metáfora del «observador de segundo grado».

El punto quinto, que debería ser la más importante, se pregunta en esta situación ¿qué nos queda, qué podemos hacer con todo el saber acumulado si la práctica clásica de la Historia con mayúscula ya no es posible? El «punto cero» de la historia será un nuevo comienzo? Hay que recordar que el cero no es negativo y en cambio puede conducirnos a un comienzo dialéctico sobre nuevas bases.

El punto seis, en fin, presenta ejemplos de algunas formas nuevas de praxis histórica.¹

¹ Remito aquí a los trabajos del más importante historiador de posguerra en Alemania: Reinhart Koselleck.

1.

La primera implicación de la Historia con mayúscula es la asimetría entre el pasado como espacio de experiencias y el futuro como horizonte de expectativas. Tenemos la certidumbre básica de que el pasado es diferente del presente y de cada futuro. Tal certidumbre hace parte del bagaje cultural de Occidente. Nietzsche y Kierkegaard lo pusieron en cuestión. Un tópico de la cultura académica en los Estados Unidos es la frase: «*time is a necessary agency of change*» con lo que se quiere expresar que los fenómenos no pueden resistir el cambio en el tiempo.

Ahora bien, entre el pasado como espacio de experiencias y el futuro como horizonte de expectativas hay un presente que en la cultura histórica siempre concebimos como un presente transitorio, increíblemente breve. Como dijo Boileau. «Surprise imperceptible de fugacité». Algo a lo que la metáfora espacial sería claramente inaplicable.

Tercera implicación de la asimetría en cuestión -tal vez la consecuencia más importante desde una perspectiva filosófica-: el efímero presente está siempre ocupado por el sujeto o por la subjetividad. De suerte que la figura del sujeto en la filosofía occidental no puede existir fuera de esta construcción temporal, de este cronotipo determinante. Pero qué es lo que hace el sujeto preso en el presente? Ante todo es un intérprete. Interpreta el pasado y con base en esa interpretación retrospectiva proyecta el futuro pero no en una sola y segura dirección sino bajo una gama de diferentes posibilidades o «escenarios», como dicen los norteamericanos. La segunda función del sujeto es la de agente («*agency*»), que revierte a la capacidad de elegir entre distintos escenarios para contribuir a la realización del escenario elegido, el más deseable.

La cuarta implicación, en el orden de cosas expuesto, es que para convertir el pasado experimentado en futuro esperado recurrimos a la presuposición básica de que hay ritmos, regularidades o leyes de transformación histórica - como lo pensaron Hegel y Marx y en general se concibió en el siglo XIX. En quinto lugar, se asume que esas leyes son universales, sirven como denominador común y punto de convergencia de las diferentes historias sectoriales -historias cultural, literatura, económica, política-, que así pueden ser justamente homologizadas. Finalmente (sexta implicación), el estudio de la Historia posee un valor práctico, el de la predicción, que legitima el quehacer de los académicos sociales y de la historia en el sistema universitario actual.

2.

El concepto de *Historia* como se ha propuesto tiene su origen en la primera modernidad, la del Renacimiento, si bien no está allí en el estado desarrollado que conocemos hoy, sino como en germen. Y procederemos aquí a mostrar de qué manera: Ante todo, la hermenéutica supone que existe un observador excéntrico del mundo, un sujeto *vis-à-vis* un objeto, siendo el historiador una de las encarnaciones importantes de este sujeto. La *Historia* cobra así un rango epistemológico, un valor propiamente ontológico y empírico. Y si bien hoy cuestionamos teóricamente la excentricidad del historiador, continuamos, no obstante, actuando como si esto fuera posible. Por otra parte, el observador excéntrico, que paso a llamar: «observador de primer grado», excluye su cuerpo de la autoreferencia, se define como una unidad puramente espiritual. Heidegger observó en *Ser y tiempo* el descuido del espacio en la modernidad, porque el espacio es algo que se construye alrededor del cuerpo. La contraprestación del olvido del espacio es la fascinación por el tiempo, lo cual es un rasgo típicamente moderno. Consecuencia del olvido-fascinación es la pretensión del historiador de viajar fácilmente entre épocas y períodos distintos, cuando entrar en el espíritu de otra época es un asunto mucho más problemático de los que se ha pensado comúnmente en la modernidad.

En tercer lugar, interpretar significa identificar algo en la profundidad, más allá de la dura superficie. Y para el historiador: identificar las leyes básicas del cambio es un ejercicio básicamente espiritual, descorporizado. Cuarta consideración en este apartado: todo el saber se reduce a las interpretaciones de un sujeto empírico. La modernidad dejó atrás toda forma de saber revelado. Quinta y finalmente: El saber producido por el sujeto es la base de cualquier forma de praxis.

Veremos en seguida que este concepto tradicional de Historia con las implicaciones que hemos descrito hasta ahora no parece viable por más tiempo en la actualidad, aunque tampoco existe una solución o un nuevo paradigma capaz de sustituir a este a cuyo derrumbe estamos asistiendo.

3.

Uno de los fenómenos de la cultura posmoderna -no me interesa la polémica modernidad-posmodernidad, la juzgo poco interesante- es el de la destemporalización, entendido como el cese de la confiada expectativa del futuro. Creo que nos atemoriza cada vez más la idea de tener que cruzar el límite entre el pasado y el futuro. Hoy percibimos el futuro como algo amenazador. Por ejemplo, la TV francesa realizó en 1998 un programa sobre el cambio de milenio con académicos de Stanford. Cuando fueron a hablar conmigo me dijeron: -por favor,

diga algo positivo, porque hasta ahora todos, aquí, como en Francia y en todas partes solo dicen negatividades. Cosa muy distinta de la sensación que tuvieron los hombres del siglo XIX cuando entraron al siglo XX. Derrida dice en su Introducción a la *Gramatología* que aunque seguimos hablando de «dejar atrás algo», el hecho es que ya no podemos dejar atrás nada. Así, observa él, se afirma que se ha superado la metafísica europea tradicional, pero sabemos bien que no podemos filosofar sin la metafísica. Las actuales tecnologías de reproducción del pasado son muy desarrolladas y el temor al futuro involucra la percepción de un presente cada vez más amplio, un presente de simultaneidades. Para ilustrar este punto (punto dos de este apartado) que considero fundamental traigo a colación un ejemplo que suelo citar en mis clases, y es que el número de años pasados desde el primer viaje de los Beatles a los Estados Unidos (1964) hasta hoy (1998) es mayor que el lapso entre el comienzo de la Primera Guerra Mundial y el fin de la Segunda Guerra y, sin embargo, la impresión que tenemos es que todo cambió entre la Primera y la Segunda Guerra mundiales y nada o muy poco ha cambiado desde los años 60 a esta parte -puede ser un efecto de que hemos envejecido...-. Lo que tenemos es que este amplio presente ya no es un contorno natural para el sujeto, las posiciones que el sujeto puede habitar son múltiples, y esto incrementa la dificultad de poder ofrecer interpretaciones pertinentes y convincentes. Los puntos de vista se multiplican y la proyección al futuro se complica necesariamente.

Un tercer problema es que al entrar en barrena la perspectiva excéntrica se deploma la posibilidad de las leyes universales y la de agrupar bajo un común denominador todas las historias sectoriales. Así desembocamos (cuarto punto) en lo que Foucault llama *heterotopología*, es decir, la situación en que tenemos una multiplicidad de historias sectoriales y una multiplicidad de historias nacionales, cuya coordinación se nos escapa de las manos. Además, (quinto punto) al no haber sujeto que penetra la dura superficie en busca de la profundidad universal, nuestro concepto de realidad cambia, pierde su doble carácter: externo-interno, superficial-profundo, duro-inasible y recupera la unidad, pero ya no es dura ni floja y hace posible hoy la paradoja de una «realidad virtual», una ilusión necesaria para vivir. Finalmente (sexto punto, nuevamente) al colapsar el saber pertinente sobre el pasado y la *Historia* hemos acabado escribiendo más historias que nunca, pero ninguna definitiva, todo se puede ahora contar siempre de otra forma. Los políticos en sus discursos de domingo, como decimos en alemán, siguen hablando de la importancia de la historia, pero las decisiones pragmáticas ya no se hacen con base en la *Historia* justamente porque la producción de esa historia confiable y única si no es imposible sería tan costosa de hacer, que casi no vale la pena.

4.

Estamos, pues, ante una «crisis de representación» que tiene su origen en el temprano siglo XIX cuando aparece lo que al tenor de Niklas Luhmann llamaremos el «observador de segundo grado», es decir un sujeto, un interprete condenado (es mas una condena que un privilegio) a observarse a sí mismo en el proceso de interpretar o de observar. Representativo de este enfoque en la crítica literaria es Friedrich Schlegel (1772-1829) y hoy podemos poner aquí a Derrida.

La emergencia del observador de segundo grado plantea dos consecuencias epistemológicas centrales: primera, que cualquier representación depende del ángulo desde donde se mire, del punto de vista, así que cualquier fenómeno tiene un potencial infinito de perspectivas, lo que disuelve el concepto de fenómeno. Segunda consecuencia es el redescubrimiento del cuerpo como condición de observación. En la primera modernidad, el Renacimiento, el cuerpo no contaba. Las condiciones de observación de Galileo todas pertenecían al objeto, nunca se refirió a su propio cuerpo. Cómo hacer compatible la apropiación del mundo por conceptos: experiencia, con la apropiación del mundo por los sentidos, por el cuerpo: la percepción? El caso es que la epistemología occidental no ha encontrado una solución a este problema, uno de cuyos efectos es el divorcio entre Ciencias Naturales y Ciencias Humanas. El siglo XIX creyó que tenía la solución: darwinismo, por un lado e historicismo marca Hegel- Marx: narrativas historicistas integradoras únicas: narrativa integradora de una nación y narrativa integradora para una especie biológica. Es una paradoja adicional que el siglo XIX que ve nacer la «crisis de representación» y emerger al observador de segundo grado produjo la mayor cantidad de historia y fue el período en que la historia era más popular.

Ahora bien, la compatibilización de experiencia-conceptos y percepción-cuerpo no presenta solución hasta hoy. En física la Teoría de la Relatividad es una respuesta exitosa a este problema, pero en las Ciencias Humanas este paso no ha sido dado. Yo llamo a este el «momento Hayden White» de la *Historia* (Hayden White en un historiador colega de Stanford): momento de la infinidad de perspectivas copadas por una infinidad de narrativas que sin embargo no proveen la solución buscada. Tal la miseria del neohistoricismo norteamericano.

5.

La pregunta que emerge en la situación es: ¿Qué hacer con todo el saber acumulado sobre el pasado, con tanto pasado acumulado, y más ahora, en que la historia torna a ser popular? A esto se añade una evolución del concepto de tiempo

que nos afecta. Se pensó siempre que el efecto del tiempo pesaba sobre el objeto. Hoy nos inclinamos a pensar que la temporalidad es un efecto de la conciencia humana. En Husserl el presente es una conjunción de protensión y retensión. La protensión significa que en cada presente anticipamos el momento próximo. Y la retensión es la resonancia de los ecos del momento anterior. De esta suerte, la temporalidad es un resultado de la estructura de nuestra conciencia. La desnaturalización del concepto de tiempo viene también ilustrada en *Ser y tiempo* de Heidegger según pautas que no es del caso profundizar aquí. Sea como fuere el hombre sigue sumergido en el proceso de acumular pasado y no acierta a saber siempre qué hacer con ello. Debo confesar en este punto que a veces siento envidia de «las vacas de Nietzsche». Porque Nietzsche afirma que las vacas se apropian del mundo comiendo, lo digieren luego, para acabar defecándolo. Ojalá pudiéramos nosotros deshacernos de esta forma de la historia. La realidad no nos da ese gusto, sin embargo. En este punto yo suelo hacer la distinción entre «mundos cotidianos» (como *pluralitas*) y «mundo de la vida», el concepto de Husserl (como *singularitas*). Mundos Cotidianos, en plural, es un término que designa la idea de que cada cultura está constituida por un saber social diferente, lo que arroja una infinidad de saberes y culturas, todas socialmente construidas. El concepto husserliano de «mundo de vida» es una extraña sustitución del Sujeto Trascendental que apunta a que detrás de la multiplicidad de mundos cotidianos habría un común denominador constituido por elementos recurrentes y coincidentes de las distintas culturas. Estos elementos recurrentes se toman como atributos de la conciencia humana. Colateralmente estamos definiendo los límites propios de esta última. Más allá de estos límites, no obstante, hay campo para la imaginación de otras posibilidades más allá de los límites fijados. Este campo es el habitat de los mitos y las divinidades, pero también la profesía y el saber histórico, que permiten al hombre superar los extremos naturales de su ser: el nacimiento y la muerte.

Una vez más hay que reconocer que aunque la idea de *Historia* se ha desvanecido, hoy cada vez deseamos saber más historias como una nueva fascinación con el pasado que condría aprovechar para re-empezar la tarea histórica a partir de este *punto cero*.

La fascinación con el presente: he ahí un tema de nuestros días. Presente es presencia es *pre-stare*: estar frente a. Es un deseo de querer tocar el pasado *tangiblemente* y ya no solo conceptualmente. En ello hay dos factores especialmente involucrados: Uno es la percepción, que ya mencionamos como contrapartida de la experiencia. El deseo de percepción se entronca hoy con la realidad virtual que las computadoras han impulsado. La presencia del pasado se propone como una presencia asintótica o límite que tan pronto viene como se va. En la Edad Media se soñaba con la presencia real de Cristo y la reproducción real de la Cena Pascual

y para la eternidad. Hoy se trataría de reproducir el pasado como un evento, como un drama en un espacio y un tiempo determinados y pasajeros, tentativamente tangibles pero siempre efímeros, que es lo que se quiere decir con el calificativo de asintótico.

6.

Para concluir llamo la atención sobre ciertas formas de praxis histórica actual. Me hallo hospedado en el *Hotel de la Opera* en Bogotá. Es un edificio de arquitectura colonial bellamente reconstruido. Su reconstrucción sería muy difícil sin la intervención de historiadores, al menos de la arquitectura. Esto hace parte de la tendencia a presentar no solo objetos históricos sino ante todo contornos históricos. He visitado recientemente el Museo de Ciencia Natural de Londres, por presión de mi hija de seis años que quería ver la reconstrucción de los dinosaurios. Estos aparecen inmersos en sus contornos. Y una cosa que impresionó particularmente a mi hija fue los huevos de dinosaurios. Le pareció que un embrión de dinosaurio iba a romper el cascarón y esta idea la asustó al punto de que quería abandonar el museo. Esta re-presentación es lo que la gente busca hoy en la historia, la posibilidad de hacer tangible el pasado. Una gran discusión se suscitó últimamente en Berlín sobre un proyecto de construir un memorial del Holocausto y una propuesta particular de re-presentar monumentalmente un campo de concentración que diera a la gente la impresión de estar en el pasado en el interior mismo de un campo de concentración. Muchos protestaron, pero la idea estaba allí como proyecto. Finalmente, he producido un libro que se llama *1926*. El subtítulo que yo propuse -y el editor cambió por razones de mercado- era: «un ensayo en simultaneidad histórica». Y una vez más el propósito del libro era tratar de reponder la pregunta: ¿hasta qué punto podemos contribuir a la re-presentación histórica por medio de un texto? ¿Cuáles serán los límites de esta pretensión como una expresión de la fascinación del hombre de hoy por el pasado.

El punto cero de la Historia

Hans Gumbrecht
Stanford University

Resumen

Hans Gumbrecht, profesor del departamento de filología románica de la Universidad de Stanford, desarrolla en este texto una tesis que combina una visión universotológica (teoría de la academia y de sus avatares históricos) sobre los estudios humanísticos al final del siglo XX y, por otra parte, una percepción de la Historia, como disciplina de la historia, del acontecer. Gumbrecht cree que la Historia como un saber sometido a leyes, “científico”, se desacreditó (todos los posmodernismos lo afirman). Con originalidad señala que la historia de actualidad es la que nos permite “volver a vivir” una época: la que nos da olores perdidos y colores y texturas olvidadas –la historia cultural-. Y con una trama sutil que teje hilos filosóficos, historiográficos y sociológicos hace deslindes y abre expectativas en la función del científico social.

Abstract

Hans Gumbrecht, a professor of Romanic Philology at Stanford, presents us with a suggestive insight of the social sciences -and History, in particular- at the beginning of the third millennium. The positivistic, predictive function of the historian’s role being out of sight, dicredited, as many have agreed, has led us to a “zero point” of History. But zero is not positive or negative. It’s a dialectic start point –Gumbrecht asserts-. The article is a profound and imaginative “state of the art” analysis. With the bonus of a smooth synthesis, and an open window to the future.

